

VOLVER A «LA FUNCIÓN»

PREGÓN DE LA FUNCIÓN DE NIGÜELAS DE 1992

JOSÉ GUTIÉRREZ

QUIERO comenzar estas palabras, que son de bienvenida para todos y de invitación a la fiesta, con un reconocimiento de gratitud hacia este pueblo donde nací y transcurrió mi niñez, y de agradecimiento a quienes se han acordado de mí para que pronunciara este pregón, encargo que acepto encantado pues lo entiendo como un gesto de recíproca amistad con todos vosotros, los que estáis esta noche aquí y también con los ausentes que hubieran querido acompañarnos pero que no se lo permite la distancia con el lugar a donde tuvieron que ir en busca de un trabajo que entonces no encontraron en estas tierras.

A pesar de las largas ausencias, uno siempre acaba volviendo al lugar donde abrió los ojos por primera vez. Nigüelas es un mirador desde el que se puede contemplar toda la extensión de la vega y del Valle de Lecrín ondulándose hacia las sierras que ocultan el mar. Quien labró su infancia en este paisaje, lo retiene ya para siempre en su retina y aguarda impaciente la revelación de esa luz y de ese aire distintos a los de cualquier otro espacio, y que tienen para el que regresa todos los atributos de un reencuentro con el niño que fuimos alguna vez. Yo paso a veces meses enteros sin pisar las calles de Nigüelas, pero cuando vuelvo a transitarlas lo hago como si nunca me hubiera alejado de ellas: tan invariable es su paisaje urbano como la hospitalidad sin reservas de sus habitantes.

Si todo regreso al lugar de origen –el reino de la infancia lo llaman los poetas– supone una mirada al pasado, como si pudiéramos cambiar el curso del tiempo, invirtiendo el sentido de su marcha de modo que girara hacia atrás para mostrarnos lo ya vivido, esta

vuelta a Nigüelas, cuando el calendario marca la frontera entre dos estaciones, encierra la melancólica y fértil evocación de un mundo desaparecido pero cuyas brasas aún calientan bajo las cenizas del indeleble recuerdo. Las fechas no mienten, y las que reservamos en Nigüelas para estos días de celebración y de júbilo acontecen cuando el verano, con todos los duros trabajos del campo propios de la estación, dice adiós y damos la bienvenida a un otoño que se anticipa cargado de frutos –caquis, granadas, uvas, membrillos, almendras...– como premonición de la abundancia que traerán después las cosechas si las lluvias son generosas y no las aniquilan las heladas del invierno.

Estos días son frontera entre estaciones pero también víspera del comienzo del curso escolar, que en mi memoria infantil guarda sombras aterradoras por el miedo a aquellos maestros que manejaban la vara como consumados luchadores de esgrima, pero sin la elegancia ni la compasión de éstos. Llegando el verano a su fin, sabíamos que habría que tomar la cartera –olor a cuadernos inéditos, a pizarra y a lápices nuevos– y, con la angustia del condenado de antemano, enfrentarnos al arduo aprendizaje de la tabla de multiplicar y la caligrafía –«ligados largos y rectos», repetía incansable el maestro– que nos igualaba a todos en el acto inapelable y decisivo de escribir «una plana» de libreta sin que descarrilaran las palabras en las vías paralelas de la página. Yo creo que ese era uno de los motivos por los que los niños de entonces nos entregábamos con tanto ardor a la fiesta, desde la «diana floreada» con la banda de música a la que seguíamos en soñolienta desbandada, hasta pasada la media noche del día siguiente cuando no el cansancio sino la orden fulminante de los padres nos rendía.

Coincidiendo con el comienzo del curso escolar llegaban las fiestas de septiembre, popularmente conocidas como «La Función», y así me gusta seguir llamándolas porque ese nombre encerraba algo mágico para los nigüeleños de mi generación. La Función era para nosotros estrenar traje –de pantalón corto y chaqueta sin cuello, naturalmente–, zapatos «Gorila», camisa de «Terlenka» y calcetines

blancos, y salir a la calle con más monedas en los bolsillos que de costumbre –sobre todo si habíamos sido buenos rebuscadores de almendras los días previos a las fiestas–, entre la algarabía de los cohetes y las campanas, la banda de música y los cabezudos de terroríficos semblantes, los monaguillos en la doble y colorista procesión de la Virgen, el castillo de fuegos artificiales –más vistoso y contundente en la memoria que los de ahora–, y los ruidosos altavoces de las casetas de tiro, de la tómbola y de los columpios mezclando las canciones de Antonio Molina, de Manolo Escobar y de Los Brincos. La Función semejaba la representación de un gran teatro popular cuyo único argumento fuera la alegría de la fiesta, aunque a veces ésta se viera empañada por los inevitables altercados con algunos beodos visitantes de los pueblos vecinos, consecuencia de una ancestral rivalidad, hoy por fortuna superada.

La Función de mis diez u once años se puebla en la memoria de chamarileros ambulantes que cambian patatas por unas gafas de plástico o garbanzos crudos por garbanzos tostados. La Función de mi infancia se llama Mariano con su inconfundible trompetilla para pregonar los helados, se llama Trini y Elisa con sus pulcros puestos de pasteles, se llama La Rorra y su inolvidable cesta cargada de toda suerte de chucherías: mistos de correílla, flautas, trompos, relojes de pulsera, chicles Bazooka, y los misteriosos sobres-sorpresa que contenían tebeos, indios y soldados de goma. La Función son los puestos de toldos blancos, que llegan cargados en mulas, con el turrón casero, las barretas y los interminables brazos de gitano.

La Función sigue siendo en mi memoria una película de Tarzán, de Marisol o de Joselito que veíamos comiendo cacahuets en aquel cine de imborrable recuerdo que había en el famoso Revellín, a espaldas de la iglesia. La Función tenía su peculiar decorado en una legión de pobres que arranca en Paniolla («no quiero más arenques», repetía con altiva dignidad aquel memorable y sentencioso ciego despreciando la socorrida sardina o el trozo de pan que casi siempre le ofrecían; «borrego lana no sirve, eso éste», solía decir en alusión al lazarillo que lo acompañaba) y continúa en los mendigos ciegos que

recitaban romances con historias de crímenes verídicas y terribles, o aquel pobre de las piernas mutiladas que arrastraba el torso por las calles ayudándose con dos tacos de madera en las manos.

La Función también era una interminable lista de juegos, hoy olvidados, que permanecen fijados en el museo de nuestra memoria: el marro, el triángulo, el pañuelo, el churro-pico-terna, los tejos, el tres-punta-tres, el palmotazo, y aquellos juguetes artesanales que nosotros mismos fabricábamos y que reunidos constituirían ahora una emotiva muestra de arqueología del ocio: la voladera, los zancos, el arco con su carcaj y las flechas, la escopeta de caña, la lavativa, el trabuco, el gomero... Por no hablar de los divertidos concursos como el del chocolate, el de la moneda adosada a la tizne de una sartén o sumergida en un balde lleno de harina, o la captura del gallo para lo que había que subir a lo alto de un poste untado con jabón. Hasta el entierro de la zorra, que clausuraba la fiesta, guarda en mi memoria la imagen –no sé si real y embalsamada, o acaso inventada por la nostalgia de aquellos días irrepetibles– de transportar por las calles del pueblo el cadáver de un auténtico zorro cazado para el evento. Se hace necesario recuperar la antigua dimensión de estos concursos y cucañas, de modo que no pasen desapercibidos a nadie, añadiéndoles nuevos alicientes que inciten a participar sobre todo a los más jóvenes, lo mismo que ya hacen con esa magnífica cabalgata que hemos vivido hoy. Con la participación colectiva la Función se constituye en un lúdico intento de sentirnos felices en un clima de hermandad que congrega a lugareños y a visitantes de tantos pueblos vecinos.

Como un ciclo que se repite, como una costumbre que no puede morir, vuelven las fiestas a reunirnos a todos con el mejor propósito de hacernos más transitables los días, más largas y más intensas las noches, brindándonos sobrados motivos para la alegría en comunidad, una alegría de la que no podemos desertar si de verdad queremos aprovechar unas jornadas que no volverán hasta dentro de un año. Lo mismo que en los inviernos de nuestra infancia llovía siempre, en la Función de nuestra niñez brilla tenaz y

melancólico el sol de la alegría. No dejemos que nos lo arrebaten por culpa de oscuras predicciones de un futuro desalentador, al que habrá que enfrentarse sin dilación cuando pasen estos días. Mientras tanto entreguémonos a la fiesta, el mejor antídoto contra la desidia y el derrotismo. Porque estos días de felicidad deben marcar la medida exacta de nuestros deseos, de nuestra voluntad de un futuro mejor para todos, un futuro en el que el trabajo responsable no esté reñido con la diversión y el ocio, donde la cultura sea un acicate y no un mero adorno, y en este pueblo de rica tradición musical, recuperada estos años con su excelente banda y su escuela de música, se hace imprescindible propiciar el amor a la lectura, potenciando y difundiendo nuestra incipiente biblioteca. Porque al igual que la música une y establece un puente entre las abnegadas generaciones pasadas y las presentes, también los libros contribuyen a ese diálogo enriquecedor entre autores y lectores.

Decía José Blanes, nuestro legendario paisano, en su mítico libro *Andanzas de un peluquero*, que Nigüelas, allá por 1932, al contrario que su vecino Dúrcal, carecía de estación de tranvía y de vagonetas, ignoraba el telégrafo y el teléfono, y no tenía notario. Pero afirmaba, por contra, que además de tener clima sano, producía trigo, patatas, remolacha y el mejor aceite, lo cual no era mérito suficiente —y se quejaba Blanes por ello— para figurar en los volúmenes de Geografía que circulaban entonces. Hoy, sesenta años después, seguimos sin estación, y la parada del autobús no reúne las mínimas condiciones de dignidad que cualquier pueblo merece; el telégrafo ha caído en desuso y tenemos, por fortuna, teléfono. Es verdad que seguimos sin notario, pero eso, más que carencia, es dato positivo, pues el día que se deje caer por aquí uno de ellos estaremos perdidos y habrá que vender hasta las suelas de los zapatos para pagarle la firma de oro. En cuanto a la producción de trigo, patatas y demás productos que menciona Blanes, cada vez es menor, y no por culpa de quienes los cultivan sino por la incompetencia de los que dictan las leyes que rigen el mercado. A pesar de todo, Nigüelas sí ocupa hoy un lugar no sólo en los volúmenes de Geografía, en las estadísticas del

censo y se supone que en las agendas de la Diputación, sino también en las regiones del espíritu que son patrimonio de la cultura. Habría que buscarle una mayor rentabilidad —y no estoy hablando en términos económicos— a ese lugar privilegiado que es la Casa de la Cultura, sacándole la mejor utilidad a sus dependencias de modo que constituya un centro dinámico de convivencia cívica y enriquecimiento intergeneracional.

También sería necesario recuperar —al igual que se ha hecho con la antigua Almazara— espacios habitables para el ocio y el esparcimiento de los nigüeleños, suprimir las cancelas y muros que cierran el paso a huertas y jardines para permitir que sus dueños naturales, los habitantes de este pueblo, los disfruten; hay que incentivar la ilusión en un futuro mejor, crear condiciones favorables para que el trabajo, antes que un deber, sea un derecho al alcance de todos, haciendo que cada hombre y cada mujer se sienta dueño de su propio destino y todos juntos protagonistas de la historia común de este pueblo. Es una labor que a todos nos compete y una deuda de solidaridad con quienes nos precedieron en la tarea de construir un pueblo más habitable y más justo, porque gracias a los que quedaron atrás estamos hoy aquí. Nuestro recuerdo agradecido para quienes cumplieron sus días en el empeño de proteger a nuestros mayores, lo mismo que después éstos nos dieron la vida y perseveraron para que después nosotros ocupemos el relevo de una tarea que retomarán más tarde nuestros hijos, y así lo seguirán haciendo las sucesivas generaciones futuras.

Por todos, por los que me escucháis esta noche y por los que nos imaginan y nos extrañan en la distancia, añorando estos días que han vivido tantas veces y que les gustaría compartir de nuevo con nosotros; por los que ya no están pero nos siguen acompañando en el recuerdo inmarchitable; por los que estarán cuando ya nosotros seamos apenas sombras queridas en su memoria; por todos los nigüeleños que han sido, son y serán siempre nuestro mejor motivo de orgullo, levanto mi copa invitándoos a participar de la fiesta, a vivir la Función con toda la alegría y toda la intensidad de las que seamos capaces.